

LA VIDA DEMOCRÁTICA REQUIERE UN ALTO VOLTAJE ÉTICO

por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Alfonso LÓPEZ QUINTÁS*

SITUACIÓN ACTUAL

Necesidad de una renovación ética

En la actualidad son numerosos los escritores, profesores y periodistas que reclaman un «rearme moral», una «renovación ética», un esfuerzo por levantar el nivel ético de la sociedad. Universidades prestigiosas, como la de Harvard, en Estados Unidos, están promoviendo desde hace unos años, mediante la impartición de cursos, la elevación del voltaje ético entre sus estudiantes a fin de que éstos colaboren más tarde, en su vida profesional, a evitar el colapso ético de la sociedad. Diversas escuelas de economía y empresa incluyen actualmente en sus planes de estudio cursos de ética. De cuando en cuando se alzan voces autorizadas pidiendo que se realice un debate serio que clarifique las ideas y oriente las conductas. Pero ni estos debates ni aquel rearme moral se producen. Las voces de alerta quedan acalladas por las algaradas que se forman en torno a los sucesivos escándalos que se pisan los talones unos a otros.

Un catedrático de la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense, Alejandro Muñoz Alonso, delató enérgicamente esta indolencia mental: «No se ha producido —escribe— el gran debate capaz de adaptar las nuevas ideas a la situación de nuestro país, sensibilizando primero a los líderes de opinión y después a

* Sesión del día 28 de enero de 1992.

la generalidad de la opinión pública.» «Aunque muchos en esta era de la televisión no lo crean, sigue siendo verdad que las ideas gobiernan o des gobiernan el mundo»¹.

Otro excelente profesional del periodismo, Ramón Pi, advierte que «la regeneración de la sociedad no habrá de venir como consecuencia de unas elecciones, sino merced a una paciente labor ideológica, social, cultural y cívica». «Parece necesario —agrega— devolver al suelo su riqueza en minerales antes de plantar árboles en él»².

Esta labor edafológica apenas se ha iniciado en serio en ningún lugar. Cuando se ha hecho, no ha obtenido el fruto deseado. Por lo que toca a los primeros esfuerzos realizados en la Universidad de Harvard, lo reconoce el entonces Rector de la misma, el doctor Derek Bok, en un artículo publicado en el *Harvard Magazine*³.

Causas que frenan el «rearme moral»

No se aborda con la decisión debida el problema de elevar la calidad moral de los pueblos debido, fundamentalmente, a dos razones:

1.^a Se ignora la importancia decisiva que tiene el que las gentes cultiven su vida creativa en todos los órdenes y no se despeñen por el barranco del vértigo, de las experiencias de fascinación, que producen euforia al principio y al final destruyen. No pocos dirigentes estiman que en cuestiones económicas deben proceder con suma cautela porque no cabe infringir impunemente las leyes de la Economía, pero, en cuanto a la moral, pueden permitirse toda clase de concesiones a fin de mantenerse fieles a ciertas directrices ideológicas de su partido político.

2.^a En algunos casos se descuida la promoción de la calidad ética no por ignorancia, sino por *voluntad de poder*. El estudio a fondo de las tácticas manipuladoras nos ha descubierto que la vía más eficaz para dominar a las gentes —siniestra pero eficaz— es fascinarlas con las ganancias inmediatas que les procuran las experiencias de *vértigo*, a las que se confunde estratégicamente con las experiencias de *éxtasis* o creatividad⁴.

Estamos en una sociedad desconcertada y manipuladora

Estos dos motivos —la manipulación afanosa de poder y la ignorancia en cuestiones éticas— se dan a ojos vistas en la sociedad actual, que se nos presenta a la vez como *desconcertada* y *manipuladora*. Está desconcertada porque carece de un ideal bien

¹ Cf. *ABC*, Madrid, 23-7-1986.

² Cf. *Epoca*, 73 (1986), 23.

³ Cf., n.º correspondiente al 5-VI-1988.

⁴ Un amplio estudio de ambos tipos de experiencia puede verse en mi obra *Vértigo y éxtasis. Bases para una vida creativa*, Madrid, PPC, 1987.

preciso y bien ajustado al ser humano. El ideal que impulsó a los hombres de la Edad Moderna —saber para poder, para tener y poseer, para disfrutar, para imponerse como individuos y como pueblos...— hizo quiebra en las trincheras de la Primera Guerra Mundial. A partir de entonces, pensadores muy cualificados reclamaron un cambio en el estilo de pensar, de sentir, de querer. Este cambio no se realizó. De forma expresa o tácita, hoy sigue optándose por el viejo ideal. De ahí que, si estudiamos a fondo la famosa década del 20 al 30 —la dramática postguerra— y nuestra situación actual, vemos que ambas padecen una crisis semejante, caracterizada básicamente por el desconcierto que causa el «vacío existencial», la falta de ideales ajustados al ser más profundo del hombre. ¿Saben ustedes lo que significa que una sociedad se quede sin ideal? Un ideal no es una mera idea; es una *idea motriz*, una idea que encarna un gran valor e impulsa la vida de quien lo asume como meta en su vida. Sin viento, un barco velero pierde energía y se estanca. Sin ideal, el ser humano se hunde éticamente, es decir, pierde la capacidad creativa y desciende bajo mínimos en el orden cultural, según veremos más adelante.

La falta de capacidad creativa deja al hombre *indefenso e inseguro*. Si persiste en la entrega al caduco ideal del dominio cae en la ilusión de pensar que, aumentando su poderío sobre cosas y personas, cobrará la seguridad de que carece. Esta falsa ilusión lo lanza al ejercicio de las técnicas manipuladoras.

Por su actitud manipuladora y su desconcierto intelectual y espiritual, la sociedad actual cultiva preferentemente cuanto incrementa el poder y descuida, por principio, lo que incrementa el desarrollo personal. Esta actividad unilateral decide varios de los fenómenos más inquietantes de la sociedad contemporánea.

Algunas condiciones negativas de la sociedad actual

1. *El intrusismo*. El afán de dominio sobre personas y grupos que procede de la falta de seguridad en sí mismo impulsa a muchas personas a pronunciarse en público sobre cuestiones que están muy lejos de conocer a fondo. Estos «intrusos» llevan el desconcierto de la sociedad actual al extremo. Y lo grave es que la sociedad así desconcertada y desvalida no percibe la gravedad que encierra tal intrusismo. Se da a veces el caso, por ejemplo, de que una persona sostiene un programa televisivo semanal durante todo un año acerca de una cuestión ética muy importante, muestra repetidamente una ignorancia absoluta acerca de los rudimentos de la ética y no despierta aversión en la sociedad, antes es promovida a cotas de exaltante popularidad.

El intrusismo desarbola la mente de las gentes, las sume en un mar de confusiones. Cuando se ofrecen multitud de ideas inconexas, poco o nada fundamentadas, a personas carentes de una formación sólida y un alto poder de discernimiento, no se las enriquece; se las desorienta y se provoca en ellas una actitud de *indiferencia*. Por eso el *pluralismo ideológico*, que en abstracto supone una riqueza, se convierte de hecho a menudo en una especie de turbulencia que lo devasta todo.

Nos hallamos en una sociedad devastada en buena medida porque, de una parte, no sabe a dónde ir, al no haber suplido debidamente el ideal perdido, y, por otra, no es discreta, no deja a cada persona y grupo que se orienten en la vida como mejor sepan, sino que quiere dirigir y dominar espiritualmente al pueblo.

2. *El reduccionismo.* El afán dominador lleva al hombre actual a no respetar al ser humano en lo que es y en lo que está llamado a ser. Esta falta de respeto inspira el afán de *reducir* el rango de la persona humana, despojarla de su enigma, dar por supuesto que no es más que un conjunto de elementos perfectamente dominables. Este afán reduccionista es delatado por la aplicación abusiva del verbo *tener* a realidades que no son objetos y del verbo *hacer* a acontecimientos que no son meramente artesanales. En cierto país europeo, el ministro responsable de la introducción de una ley abortista intentó justificar esta medida con diez razones, que pueden condensarse en la siguiente frase: «La mujer *tiene* un cuerpo y hay que concederle *libertad* para disponer de su cuerpo y de cuanto en él acontezca.» La afirmación de que la mujer tiene un cuerpo está pulverizada por la investigación filosófica más cualificada desde hace casi un siglo. Ni la mujer ni el varón *tienen* cuerpo; *son* corpóreos. Y no se me diga que es lo mismo, porque hay un abismo entre ambas expresiones. Esto ya lo sabía el caballo de Tolstoi, y hoy parecen ignorarlo quienes modelan la opinión pública y dirigen la sociedad. Tolstoi, el genial escritor ruso, nos cuenta en su *Historia de un caballo* que un caballo ruso escribió de mayor unas memorias de corte filosófico, y en ellas se muestra sorprendido de que los hombres utilicen los mismos nombres para expresar realidades muy distintas: «Por ejemplo, dicen: tengo dinero, tengo casas, tengo tierras, y a continuación agregan: tengo esposa, tengo hijos, tengo amigos. Si el verbo *tener* —concluye el caballo— va bien para lo primero, ¿cómo se puede aplicar a lo segundo?» Y tenía toda la razón. Si hablo con propiedad, no puedo decir que *tengo* esposa, sino que *soy* esposo de esa mujer; no que *tengo* amigos, sino que *soy* amigo de ciertas personas. El caballo se extrañaba de este mal uso del lenguaje. Pero no es de extrañar, porque el lenguaje delata nuestras actitudes. La utilización constante del verbo *tener* responde al afán de *poseer*, a la opinión fundamental a favor del dominio.

Sin duda, el ministro intuyó que la frase «la mujer tiene un cuerpo» es muy endeble, no se sostiene en el estado actual de la investigación filosófica y antropológica, y para dar fuerza a su argumento introdujo inmediatamente el término «libertad», que en nuestros días ejerce función de *término talismán*, un término tan prestigiado que suele ser aceptado sin crítica: «Hay que conceder libertad a la mujer para disponer de su cuerpo.» El sabía que con la mera utilización de tal palabra, superprestigiada en el momento actual, millones de personas iban a replegarse tímidamente y a decirse: «No te opongas a esta proposición porque está la libertad en juego y van a tacharte de antidemócrata, de fascista, de ultra.» Y de hecho así sucedió. He aquí de qué manera tan hábil el ministro vinculó el *reduccionismo* y la *manipulación*.

El verbo «hacer» se utiliza, asimismo, inadecuadamente en frases como «hacer el amor», «hicimos Hamlet». «Hamlet» no se lo hace, se lo representa. *Hacer* es una actividad meramente artesanal. *Representar* es una actividad creadora. De modo seme-

jante, el amor se lo *crea*, se lo hace surgir, no se lo *hace*. Se hacen sillas, bolígrafos, mesas, pero el amor debe ser instaurado, porque pertenece a un nivel de realidad más elevado que el de los objetos. La Estética actual subraya con energía que un poema no se *hace*, se *crea*; no es *producto de un proceso febril*, es el *fruto de un encuentro*. Por eso el poeta no puede determinar a su arbitrio cuándo y cómo engendra un poema. En buena medida, éste le viene dado, como un don. Lo mismo sucede con las obras de arte. De modo semejante, la Ética destaca que el amor auténtico posee un rango de acontecimiento *dialógico*, y como tal es fruto de un encuentro.

Tanto la manipulación como el reduccionismo y el intrusismo empobrecen la vida del hombre. El hombre empobrecido de esa manera pierde poder creativo, y, al perderlo, se torna incapaz de comprender las posibilidades más valiosas de su ser, pues los valores sólo se conocen de verdad cuando se los *asume activamente*, es decir, *creativamente*. Esta falta de comprensión del propio ser da lugar a una tercera condición de la sociedad actual que encierra suma gravedad.

3. *El analfabetismo de segundo grado*. En un texto memorable de su obra *El defensor*⁵, el gran poeta y ensayista Pedro Salinas advirtió que existen dos modos de analfabetismo: el de primer grado y el de segundo grado. Aquél consiste en no saber descifrar unos signos y descubrir, por ejemplo, bajo las letras l,i,b,e,r,t,a,d el concepto de *libertad*. Pero uno puede tener esta capacidad, ser, por tanto, alfabeto, y no ser capaz de adivinar el *sentido profundo* de tal concepto, su relación con las normas, el cauce, la obligación, el deber, etc. Yo conozco la palabra «egoísmo», sé leerla si la veo escrita, la entiendo si la oigo. Lo mismo me pasa con la palabra «tristeza». Pero he aquí que leo el *Diario íntimo* de Unamuno y veo que vincula la tristeza al egoísmo. «Padezco la enfermedad del egoísmo —viene a decir—. Presiento que nunca más estaré alegre. Sólo me queda en la vida por lote la tristeza.» Si no acierto a explicar cómo del egoísmo se pasa a la tristeza, *ignoro el lenguaje de la vida creativa. Soy analfabeto de segundo grado*. Desconozco el *sentido* profundo de los vocablos, aunque sepa su *significado* más a mano. Ese desconocimiento me impide penetrar en la *articulación interna* de la vida humana y conocer las *leyes que rigen su desarrollo*. Y ello me priva de una gran posibilidad: la de *saber prever*. El dirigente que no sabe prever no puede arrogarse el derecho de guiar al pueblo. Se expone a lanzarlo por vías erradas.

Este analfabetismo de segundo grado que impide prever y guiar debidamente al pueblo se da hoy con frecuencia en las clases dirigentes. Queda de manifiesto en los hechos siguientes:

a) Muy a menudo se advierte que *no se piensa con rigor*. Se utilizan los conceptos de forma borrosa, imprecisa, cuando no abiertamente confusa; se plantean las cuestiones de forma unilateral, empobrecida, en casos banal; se razona sin trabazón lógica y se sacan conclusiones precipitadas. Baste, como ejemplo, pensar en la forma en que suele utilizarse el término «libertad» cuando se hace un razonamiento y se

⁵ Madrid, Alianza Editorial, 1954.

defiende una tesis. Se habla sencillamente de «libertad», *sin matización alguna*, como si hubiera un solo tipo de libertad. En un conocido espacio televisivo, en el que todo un equipo científico se propuso adoctrinar al pueblo durante todo un año, se proclamó una y otra vez enfáticamente que *basta elegir libremente una forma de sexualidad para que ésta, sea la que fuere, resulte aceptable*. «Es una opción más», se decía, en la seguridad de que con poner a salvo la libertad está salvaguardada la dignidad y felicidad del ser humano. Pero, ¿de *qué tipo* de libertad se trata? ¡Ah!, eso no se indica. *Tal falta de matización descalifica radicalmente todo el planteamiento*.

Esa falta de rigor en el pensar y en el expresarse se patentiza en casi todos los pocos debates que se realizan en los medios de comunicación, en las declaraciones y entrevistas, en ciertos discursos y programas... Cuando uno se ha esforzado en afinar el modo de pensar y expresarse, no puede sino sentir desazón al ver con qué tosquedad se abordan ciertos problemas sutiles que requieren un tratamiento muy aquilatado. Si veo que un relojero intenta arreglar un reloj con un hacha de leñador, no me extraño más que cuando oigo razonar a ciertos modeladores de la opinión pública.

En una tertulia radiofónica se preguntó a diversos periodistas afamados cómo se aplica la escalada actual de violencia en el deporte, en la calle, en las familias. Ninguno acertó a dar una pista para encontrar la raíz de este grave mal. Se mantuvieron en un nivel de superficialidad en el cual no puede hallarse por principio razón válida alguna. La luz viene siempre de lo hondo, del estudio de las leyes que rigen la vida humana. Hoy se rehúye ahondar porque tomar las cosas en serio parece algo académico, poco populista, nada propicio para tener acceso a gran número de personas. Y actualmente el número es lo que cuenta, según hemos visto y lamentado.

b) *Se hacen proclamas en favor de la cultura*, se promete al pueblo que se le facilitará el acceso a las grandes realizaciones culturales, y se le ofrecen de hecho productos que se hallan bajo mínimos en cuanto a poder creativo y valores humanos. Baste citar la ausencia en televisión de las grandes obras literarias y la presencia constante de banalidades erotizantes o pornográficas. Téngase en cuenta que, a la luz de la actual *Estética de la creatividad*, la pornografía es un producto anticultural, porque destruye el sentido de las relaciones íntimas. Crear cultura es alumbrar sentido. El sentido de las relaciones privadas se alumbra en el encuentro de las personas que entran en juego. Una relación íntima tiene siempre un *significado* para quienes se relacionan y a veces también *sentido*. Para quienes la reducen a mero pasto de la curiosidad erótica, tal relación no tiene ni significado ni sentido.

c) Se proclama la voluntad de combatir la *drogadicción*—que es un vértigo—, y al mismo tiempo se formenta el *espíritu hedonista*, que es el origen común de toda experiencia de vértigo. El que conoce siquiera mínimamente las leyes del desarrollo de la vida personal sabe que ningún vértigo se da a solas; todos se provocan e incentivan entre sí.

En el programa de acción sociopolítica que ha diseñado cierto partido para este decenio se destaca el propósito de atacar la droga, pero nada se dice de las otras formas de vértigo. Es una incoherencia provocada por el analfabetismo de segundo grado.

d) Se anatematiza el *golpismo* y se practica, a la vez, la *manipulación*. Parece ignorarse que con un pueblo envilecido por las tácticas manipuladoras no puede montarse una democracia de forma duradera, ya que el envilecimiento produce gregarismo, y las gentes, al verse faltas de dignidad, acaban clamando por alguien que les *dicte* lo que deben hacer para mejorar su condición. El que dicta las pautas de conducta es un *dictador*.

e) Se glorian ciertos gobernantes de haber devuelto al pueblo *las libertades*, pero no matizan de *qué tipo* de libertades se trata. (La primera ley del manipulador es no matizar los conceptos.) En realidad suele tratarse de las libertades para entregarse a las diversas formas de vértigo, y éstas corroen en su misma base la auténtica libertad humana, que es la «libertad para la creatividad».

f) Se exaltan ciertas formas de vértigo o fascinación como si se tratara de éxtasis o creatividad. Se confunde la «exaltación del vértigo con la *exultación* del éxtasis, la *euforia* del vértigo con el *entusiasmo* del éxtasis. Esta confusión conduce a la *subversión de los valores*.

g) Debido a estos errores, se hace un *trastrueque de ideales*: se cambia el *ideal de la creatividad* por el *ideal del disfrute*, el *ideal de la unidad y solidaridad* por el *ideal de la confrontación y lucha partidista*. Al cambiar el ideal se alteran los ejes de coordenadas mentales y espirituales, y se da un vuelco a toda la vida del hombre. Los valores son vistos como antivalores, y viceversa. Por ejemplo, para el que adopta en la vida como ideal la creación de modos elevados de unidad, la virtud de la *fidelidad* presenta un altísimo valor. Ser fiel significa una *virtud*, una *virtus*, un poder, el poder de alcanzar la meta que es fundar formas sólidas de unión. El que considera como su ideal acumular ganancias inmediatas considera como una virtud el saber *cambiar* lo que sea necesario para procurarse el mayor número posible de goces egoístas. Al oponerse a tal género de cambio arbitrario, la fidelidad es vista como mera rigidez, falta de imaginación y salero, fijación en tabúes irracionales.

PELIGROS QUE ENCIERRA ESTA SITUACIÓN PARA LA VIDA DEMOCRÁTICA

La *vida en democracia* significa *vida en colaboración*. Al pueblo no le viene dictado lo que ha de hacer. Debe ser él, mediante sus grupos e instituciones, el que clarifique las ideas y descubra pautas de acción que le conduzcan al desarrollo cabal de sus posibilidades. En la democracia, todos los ciudadanos, individualmente y en grupo, deben *entrar en juego* para alumbrar las mejores soluciones a los grandes problemas de la vida. La vida en democracia ha de constituir, por tanto, *un gran campo de juego*, y éste es de por sí —como nos enseña la actual *Estética de la creatividad*— un *campo de iluminación*.

Tal colaboración sólo es posible si se cumplen tres condiciones básicas:

1.^a Se mantiene el respeto mutuo, se fomenta la personalidad de cada ciudadano, se cultivan las asociaciones y grupos.

2.^a Se acepta la verdad como canon de justeza en el pensar y como criterio de acción. Si se piensa que la verdad es inaccesible, que constituye una meta utópica el alcanzarla y debemos limitarnos a obtener un consenso que permita regular de alguna forma la vida común, se concede primacía al poder de los votos sobre la fuerza de la razón y de las razones que cada ciudadano pueda aducir. Al sustituir la búsqueda de la verdad por el reclutamiento de votos favorables, deja uno de considerarse servidor de la verdad para convertirse en un ser afanoso de imponer su propio criterio —o el de su grupo— a los demás.

Para lograr esta imposición suele adoptarse la siguiente táctica. Se difunde entre el pueblo, mediante los recursos manipuladores, la manera de pensar que se desea difundir y se promueve la actitud ante la vida que se quiere hacer valer. Seguidamente se hacen encuestas, y se manifiesta que el pueblo piensa, siente y quiere de tal y tal forma, lo cual obliga a legislar de modo correlativo. Por esta vía sinuosa se consigue otorgar un aspecto democrático a un procedimiento más bien *dictatorial*.

Hace ya veinticinco siglos, el sofista Hipias defendió que la verdad viene dada por la opinión de *la mayoría*. Sócrates intentó en vano alzarlo a la idea de que lo decisivo es penetrar en el núcleo de cada realidad y acontecimiento, acertar a ver cuál es la esencia de la belleza, de la justicia, de la bondad, independientemente de lo que en un momento determinado se piense sobre ello. Ha pasado muchísimo tiempo, y la humanidad parece no haber aprendido la lección socrática. Tocqueville lo lamentó en su gran libro sobre la democracia americana.

Hoy día se presta atención a las *condiciones formales* de la vida democrática: configuración de ciertas instituciones, garantía de determinadas libertades, etc. Pero apenas se repara en la importancia que encierra el cultivo de la auténtica creatividad entre las gentes, la formación de un clima que favorezca el desarrollo cabal de la personalidad humana, el hallazgo de grandes tareas comunes en las que se sienta llamado el pueblo a participar.

Esa participación no es posible sin *espíritu de sacrificio*, que fue erradicado en buena medida en las sociedades actuales por ciertas doctrinas muy aventadas en los dos últimos siglos. Como una cantinela se nos viene diciendo insistentemente al oído que toda forma de sacrificio implica una *represión*. Se olvida algo fundamental: que el verdadero sacrificio supone la *jerarquización de dos valores de distinto rango*. Veo dos valores y concedo la primacía al que estimo más elevado, aunque sea menos atractivo. Hago un sacrificio, pero no me reprimo, porque me elevo a un nivel superior de realización personal. Si renuncio a un valor para quedarme en vacío sufro una amputación, quedo reprimido. Pero eso no acontece cuando me privo de algo valioso para conseguir un valor más alto.

En la actualidad se tiende a resolver los problemas rebajando el nivel de exigencia y favoreciendo la tendencia a lo más fácil. Parece que se fomenta la felicidad de las

gentes, pero es una vana ilusión, porque con ello se las orienta hacia la actitud hedonista y el cultivo de las experiencias de vértigo, que conducen a la angustia, la desesperación y la destrucción.

3.^a Se asumen activamente los grandes valores, vistos como centros impulsores de la acción humana. Si no hay realidades que de alguna forma señalan el camino a seguir en la vida, no hay modo de que los ciudadanos puedan colaborar en la configuración de la sociedad. Adoptarán una actitud *relativista*, según la cual todas las perspectivas son válidas y todas las opiniones tienen el mismo valor. El único criterio para preferir una de ellas acaba siendo *el propio interés*. He ahí cómo se empieza diciendo que todas las opiniones son dignas de respeto, y al final no se respeta de verdad sino la que le favorece a uno. Esta polarización egoísta en el círculo estrecho del propio yo o del propio grupo priva a la vida social de todo fundamento sólido.

La vida en democracia, para mantener su autenticidad de forma duradera, necesita que amplias capas de la población posean, entre otras, las condiciones siguientes:

- una formación intelectual y moral bastante sólida,
- cierto poder creativo,
- alguna sensibilidad para los valores,
- una opción básica a favor del cultivo de las virtudes que hacen posible la actividad creadora, muy en concreto la creadora de diversas formas de encuentro.

Entre tales «virtudes» figuran:

- el respeto mutuo,
- la voluntad de colaboración,
- la apertura al diálogo auténtico,
- la confianza,
- la veracidad,
- la magnanimidad,
- la sencillez...

LA VÍA ÓPTIMA PARA LA RENOVACIÓN ÉTICA

El gran científico y humanista Albert Einstein hizo una severa admonición que deberíamos meditar a fondo: «La fuerza desencadenada del átomo lo ha transformado todo, excepto únicamente nuestra forma de pensar. Por eso caminamos hacia una catástrofe sin igual.»

La forma de pensar, como la de sentir y querer, viene determinada por el ideal hacia el que uno orienta su vida. Es hora de ponerse a reflexionar y precisar *cuál es el ideal*

que se ajusta a nuestro ser de hombres. Si asumimos el núcleo del mensaje que nos han transmitido el pensamiento dialógico o personalista, el movimiento fenomenológico, la corriente existencial, la psicología personalista, la investigación ética de los últimos treinta años, así como los resultados de la investigación biológica y antropológica más relevante del momento actual, advertimos que todo confluye hacia una idea unánime: *el ideal del hombre debe ser fundar los modos de unidad más elevados con las realidades circundantes.* Esta fundación ha de darse en todos los órdenes de la vida: el deportivo, el estético, el ético, el profesional, el religioso...

Para fundar esos modos relevantes de unidad se requiere tener en forma la *capacidad creativa*. Esta no es privilegio de los grandes artistas, inventores, legisladores... Toda persona, por humilde que sea su posición e incluso su dotación en cuanto a habilidades, puede desarrollar en la vida una actividad creativa de primer orden. Picasso, Miguel Angel, Rafael, el arte bizantino... nos asombran con sus «maternidades». Pero, ¿es inferior en creatividad la madre que acoge a un niño y crea la estampa inigualable de una «maternidad»? Son formas distintas de creatividad, ciertamente. Pero la de la madre presenta una singular grandeza. Su valor es tan grande, que, según la ciencia actual, la «urdimbre afectiva» (Rof Carballo) que se teje entre la madre y el bebé es decisiva para el desarrollo normal de este ser humano.

La creatividad se lleva a cabo a través del *lenguaje*. Si el lenguaje se depaupera o degrada, la capacidad creadora del hombre se amengua hasta desaparecer. Ello nos insta a recuperar el lenguaje y dotarlo de la plenitud de sentido que fue perdiendo a causa del mal uso manipulador. Dices «libertad» y ¿qué entiende el oyente bajo ese vocablo? Pronuncias la palabra «amor» y ¿qué idea suscita en la mente de quien te oye? El lenguaje ha sido sometido a una torsión sistemática y debe ser restituido a su condición originaria.

Una vez que concedamos al lenguaje su auténtico valor, no confundiremos *entusiasmo* con *fanatismo*, y nos decidiremos a proclamar con energía que *es urgente volver a entusiasmarse con los grandes valores* y restablecer la *escala de valores* tal como fue diseñada por los mejores pensadores de todos los tiempos.

Ese entusiasmo sólo podremos adquirirlo si nos hacemos a la idea de que *lo más urgente hoy día es enriquecer la vida humana*, depauperada por siglos de afán *reduccionista*. Desde hace al menos dos siglos tiene buena prensa el adoptar una actitud más bien negativa en cuanto a la valoración del ser humano. Se reduce el valor del arte, la religión, la emotividad, la belleza, las virtudes... Se tiene reparo en aparecer emocionado por una realidad valiosa, en mostrar agrado ante lo bello, en gozar espontáneamente con lo noble, en estar pronto para asumir activamente los valores más altos...

Ese empobrecimiento mina de raíz la vida del hombre y la forma democrática de existencia. Un gobernante que busque en exclusiva el incremento de su poder, y tome como meta vencer al pueblo sin necesidad de convencerlo, tenderá a amenguar su poder de discernimiento, su sensibilidad para los grandes valores y su capacidad

creativa, a fin de tornarlo fácilmente manipulable y tenerlo bajo control. *Este pueblo envilecido no puede sostener de forma duradera un sistema de vida democrático.*

El gobernante cuya mira única es el bien del pueblo debe dirigir todos sus esfuerzos a elevar la calidad de vida en todos los órdenes, comenzando por el intelectual y el moral. Tal elevación sólo es posible cuando, en vez de subvertir los valores —concediendo la primacía a los más bajos, a los que halagan los apetitos pero frenan el desarrollo de la personalidad—, se asumen activamente los valores más altos y exigentes. Esta asunción esforzada supera la apatía y suscita el entusiasmo en orden al ejercicio de la capacidad creadora. Al tomar la incentivación de la creatividad como una meta o ideal, se tiende a evitar toda forma de manipulación y a incrementar el respeto a la capacidad de las gentes para orientarse en la existencia y modelar su conducta.

El dirigente que cultiva el poder creativo propio y el de los demás *hace juego* y crea un *campo de juego*, que es a la vez —como queda dicho— un *campo de iluminación*. Sabemos por experiencia —y la *Estética de la creatividad* lo confirma— que para conocer las realidades y acontecimientos más profundos, debemos *entrar en juego con ellos*; no basta contemplarlos desde fuera y dominarlos. El dominio permite manejar, pero no conocer. Al hacer juego respetuosamente con las demás personas, se adquiere luz para descubrir una serie de «leyes» de la vida humana, que son otras tantas claves de interpretación de la actividad social. Entre ellas se cuentan las siguientes:

Leyes de la vida humana

1.^a La entrega al ideal del dominio y posesión lleva a reducir las realidades no-objetivas —entre las cuales descuellan las personas y las instituciones— a condición de *meros objetos*, medios para los propios fines. Esta reducción ilegítima y violenta constituye el primer paso para la corrupción de las actitudes y las conductas.

2.^a Por el contrario, el que orienta la vida hacia el ideal de la unidad y solidaridad colabora a instaurar una vida de comunidad muy creativa y recta. Los modos más altos de unidad sólo pueden ser fundados entre realidades que presentan un alto rango, ya que tienen poder de iniciativa, son capaces de ofrecer posibilidades y recibir las que les son ofrecidas, pueden abrirse a otras y entrelazarse con ellas. Si estas realidades son reducidas de condición, pueden ser dominadas, pero dejan de ser posibles compañeros de juego y de encuentro. En términos de G. Marcel y E. Fromm, podríamos decir que con ello se aumenta el «tener» y se amengua el «ser».

3.^a El dirigente que eleva el nivel cultural del pueblo hace más difícil el empeño de dominarlo y facilita la noble tarea de instaurar una auténtica vida democrática, que es vida de colaboración y participación en grandes tareas.

4.^a En la democracia debe haber líderes, personas calificadas que dirijan al pueblo. Si ha de participar y colaborar, el pueblo necesita ser instruido y orientado por quienes tienen preparación suficiente para sobrevolar los grandes temas y verlos con hondura.

Esta labor de orientación ha de hacerse con voluntad de ayuda, no de dominio. Sólo así se suscita una actitud colaboradora por parte de las gentes.

5.^a Al ver conjuntamente la necesidad de que el pueblo asuma activamente su destino y disponga de líderes que lo guíen, se descubre que la función del dirigente político—el gobernante y el legislador— no se reduce a dar fe notarialmente de lo que ocurre en la calle y sancionarlo jurídicamente. El buen gobernante está destinado a recoger del pasado el elenco de posibilidades que le son ofrecidas y realizar, en el presente, un proyecto de futuro que lleve al pueblo por vías de pleno desarrollo.

Esta labor creadora de historia ha de llevarla a cabo el dirigente a la luz de criterios de acción muy sopesados, nada arbitrarios, bien fundados en el estudio de la mejor investigación contemporánea. El dirigente que guía al pueblo a impulsos de ideologías esclerosadas se convierte en *tirano*: dicta lo que hay que hacer para realizar un proyecto que no responde a las exigencias del ser personal de los súbditos. El que orienta al pueblo hacia la realización cabal de las posibilidades que alberga su ser no tiene reparo en dar razones, habla a la inteligencia y a la libertad de las gentes, agudiza su poder crítico, fomenta su capacidad de iniciativa, hace labor de maestro, no manipula nunca ni siquiera para hacer el bien.

Esta condición de guía o maestro implica diversas cualidades que en parte deben ser adquiridas esforzadamente.

Cualidades del líder o dirigente

a) Cualidades intelectuales

1.^a Todo dirigente debe poseer el arte de pensar con rigor. Antes de abordar las grandes cuestiones de la vida humana se ejercita pacientemente en dicho arte, porque es consciente de que pensar de forma aquilatada no se da en el hombre de modo espontáneo, como el ver; requiere un ejercicio constante, sistemático y bien dirigido por manos expertas. En el hecho de dominar o ignorar el arte de pensar con rigor se juega el ser o no ser de la vida social en sus estratos más profundos.

2.^a El líder auténtico debe conocer a fondo y en pormenor las leyes que rigen el desarrollo cabal de la persona humana en toda su complejidad y riqueza.

3.^a Para conocer tales leyes, el líder ha de poseer la capacidad de penetrar en la esencia de los distintos fenómenos y acontecimientos de la vida humana y captar la relación que media entre ciertos conceptos. Entre éstos se hallan los siguientes:

- Libertad y norma, libertad y cauce.
- Libertad de maniobra y libertad para la creatividad.
- Actividad creativa y asunción de valores.
- Encuentro personal y maduración de la personalidad.

- Lenguaje y silencio.
- Encuentro y amparo.
- Soledad e inseguridad.
- Egoísmo y vértigo o fascinación.
- Generosidad y éxtasis o creatividad.

4.^a El líder que posee las tres cualidades antedichas *sabe prever*; es capaz de predecir las consecuencias que acarrea, por ejemplo, entregarse a experiencias de vértigo o bien de éxtasis. Esta cualidad le lleva a ser *rápido* en la toma de decisiones, pero no *precipitado*.

5.^a El que sabe prever es consciente de que la libertad de expresión ha de ser adquirida a muy alto precio, al precio de una preparación adecuada. Por el hecho de tener una posición dirigente en uno u otro aspecto y disponer de medios para difundir las propias opiniones no debe uno considerarse autorizado para expresar en público toda suerte de ideas. Si carece de la preparación necesaria y se concede la libertad de hablar, cae en el grave fallo del *intrusismo*.

b) *Cualidades de carácter*

1.^a El líder ha de ser una persona dotada de *libertad interior*. Tiene libertad interior

- el que se abre a las realidades valiosas, jerarquiza sus valores, opta por los que son superiores y los asume activamente;
- el que no toma lo agradable como la meta de su vida, antes lo considera como *detector de lo verdaderamente valioso*;
- el que orienta su vida no hacia las ganancias inmediatas, sino hacia la realización del valor que ha adoptado como ideal;
- el que se muestra siempre solidario con la suerte de los demás.

2.^a El que aspira a guiar a los demás ha de tener un *amor insobornable a la verdad* y perseguirla con empeño hasta el fin, sin contentarse con medias verdades.

3.^a Esta búsqueda de la verdad ha de realizarla no sólo aisladamente, sino *en comunidad*, ya que la luz brota en el juego creador, como queda dicho.

4.^a Ha de tener afán de *transmitir a otros la verdad descubierta*, pues la verdad es un don que nos viene dado, y los dones constituyen un bien que pide de por sí ser difundido. El líder ofrece generosamente aquello que lo satura. «The cistern contains, the fountain overflows» («La cisterna contiene, la fuente desborda») (W. Blake).

5.^a El buen líder es un *hombre de iniciativa*.

- No se limita a verlas venir, a reaccionar a los problemas cuando le hacen frente. Sabe dar un paso adelante para prever la llegada de los problemas y afrontarlos a su debido tiempo.

— Tiene voluntad de configurar la realidad sobre bases sólidas y no dejarse modelar por las circunstancias.

6.^a Para llevar la iniciativa, el líder cultiva y ejercita la *imaginación creadora*, vista como facultad no de lo irreal-fantástico, sino de lo real-estructural, lo que estructura y articula la vida real.

7.^a En la realización de los proyectos que imagina y lleva a cabo, el líder ha de ser *entusiasta, tenaz y constante*. El entusiasmo no se opone a la flexibilidad, sino a la apatía. La tenacidad no supone terquedad, sino fidelidad a una tarea que se presenta como valiosa. La constancia es la forma de llegar muy lejos un ser finito que se sabe limitado. Insistir es profundizar. Ningún genio llegó a logros importantes sin una base de tenacidad en el trabajo.

8.^a Este trabajo tenaz y entusiasta debe realizarlo el líder de modo *paciente*, ajustándose a los ritmos de cada realidad. Este ajuste permite vincular la exigencia con la comprensión, la distancia que exige el mando con la cercanía que pide la colaboración, la independencia que reclama todo liderazgo con la atención a la verdad descubierta en común.

9.^a El verdadero líder cumple las *exigencias de la vida creativa*, no se entrega egoístamente a las experiencias de vértigo. Debido a ello ambiciona el poder en cuanto le permite estructurar la vida social y resolver radicalmente multitud de problemas, pero no se deja fascinar por la ambición de poder y dominio.

C) *Habilidades*

El líder debe contar con ciertas habilidades, indispensables para realizar su labor de guía y configurador de la vida social en uno u otro aspecto. Entre ellas destacan

- el poder de persuasión,
- la capacidad organizativa,
- la facilidad para entusiasmar a las gentes con los grandes valores,
- el don de lograr síntesis claras y certeras de cuestiones complejas, lo cual implica saber ir a lo esencial.

CONCLUSIÓN: NECESIDAD DE FORMAR LÍDERES

Si tenemos en cuenta que la vida democrática auténtica no se configura y sostiene por el mero hecho de crear determinadas instituciones y establecer ciertos criterios de regulación de la cosa pública, sino que requiere un *cultivo sistemático de la creatividad en todos los órdenes*, resultará obvio que *no puede dejarse al azar la formación de líderes*. Actualmente, los líderes sociales surgen de forma espontánea, se lanzan a la

arena de las luchas políticas y sociales, ganan cierta experiencia al hilo de las refriegas y en casos adquieren un alto grado de cualificación. Merced a estos logros, la sociedad va cubriendo los puestos de responsabilidad y resolviendo sus problemas de forma perentoria.

Este modo sistemático de formar a los dirigentes presenta una grave insuficiencia. Miles de errores e indecisiones podrían evitarse con una preparación adecuada, bien asentada en un sólido conocimiento de la mejor investigación contemporánea. Los saberes teóricos deben estar al servicio de la acción política y social. Resulta suicida dar de lado a cuanto se ha investigado acerca del hombre y montar la vida social sobre el cañamazo elemental de ideologías carentes de solidez. Cuando uno estudia de cerca el desequilibrio que existe entre tales ideologías y los resultados de la investigación científica y filosófica, siente pavor porque tal desajuste supone un enfrentamiento con la realidad que la investigación estudia y revela. Los ataques a la realidad —muy en concreto a la humana— se pagan muy caros, ya que la realidad se venga siempre. La venganza de la realidad consiste en que el hombre que se le enfrenta no puede realizar cabalmente su ser personal.

La sociedad que no prepara a sus futuros dirigentes de forma que ajusten su modo de actuar a las exigencias de las realidades a las que afecta su acción no asegura su porvenir; queda sometida al hecho azaroso de contar o no con personas capaces.

Por esta razón, iniciativas como la *Escuela de Dirigentes*, fundada y ampliamente difundida en Italia, son dignas de ser asumidas. Sin realizaciones de este género, la preocupación actual por elevar el nivel ético puede quedarse en un mero deseo infecundo, pues tal elevación supone todo un proceso renovador extremadamente complejo que requiere un estudio y una ejercitación bien realizados y bien dirigidos.

El eminente médico y humanista Gregorio Marañón señaló hace años la dirección en que ha de realizarse el giro que viene reclamándose en Occidente desde la quiebra del ideal de la Edad Moderna. Meditemos atentamente sus palabras: «Cuando se habla de que la ciencia ha fracasado como ideal humano y que este fracaso es una de las causas de la confusión que preside la encrucijada de la historia que nos ha tocado la suerte de vivir (...), se comete un error de bulto; no es la ciencia como idea, sino el ideal de la técnica lo que ha fracasado. Cuando el hombre ha tenido a su disposición en el breve espacio de muy pocos años técnicas prodigiosas para todo, con las que no pudo nunca ni siquiera soñar, se ha enterado, y sólo entonces, de que esas técnicas no sirven para resolverle nada fundamental; ni aun para darle una sensación de superioridad sobre el hombre de las edades anteriores, el que soñaba con esas técnicas como en algo casi irrealizable y suponía que en ellas estaba la clave de su liberación de las miserias humanas. Pero esto no es decepción de la ciencia o no debe serlo, sino motivo para dar, casi siempre, a Dios lo que es de Dios, es decir, para renovar la categoría del pensamiento eterno e inacabable, y para dejar en su lugar al César, a la técnica, a lo que se toca y nos fascina con su poder material, pero que está vacío de sentido trascendente. Ciego será quien no vea que el ideal de la etapa futura de nuestra civilización será un simple retorno de los valores eternos y, por ser eternos, antiguos y modernos: a la

supremacía del deber sobre el derecho; a la revalorización del dolor como energía creadora; al desdén por la excesiva fruición de los sentidos; al culto del alma sobre el cuerpo; en suma, por una u otra vía, a la vuelta hacia Dios⁶.

¿Puede asumirse un mensaje renovador como éste —semejante a tantos otros que nos ha transmitido el pensamiento contemporáneo— y realizarlo en la sociedad *sin contar con una sólida preparación humanística*? Ciertas escuelas técnicas, de altísima calidad, han descubierto recientemente que su meta de formar líderes sociales queda muy a medio lograr por haber relegado el estudio de las Humanidades.

Estamos a tiempo de tomar medidas eficaces. El pensamiento actual nos ofrece recursos sobrados para elaborar un método educativo adecuado a las necesidades actuales. Existe ya la conciencia de que es necesario realizar un esfuerzo de renovación. Falta sólo la decisión de poner manos a la obra.

El primer paso han de darlo los educadores. Por eso Gabriel Marcel subrayó con energía la necesidad de contar con educadores auténticos, bien formados filosóficamente:

«Probablemente, de lo que el mundo actual tiene mayor necesidad es de educadores. Desde mi punto de vista, ese problema de los educadores es el más importante, y aquí es donde la reflexión filosófica debe ser puesta a contribución⁷.

⁶ Cf. *Obras Completas*, vol. I, Madrid, Espasa-Calpe, pág. 128.

⁷ Cf. «La violación de la intimidad y la destrucción de los valores», en *Dos discursos y un prólogo autobiográfico*, Barcelona, Herder, 1967, págs. 71-72.